

Tertulias literarias



Nací en Adís Abeba (Etiopía) y vivo en California. Me licencié en Medicina en Etiopía e India. Casado por segunda vez, tengo tres hijos. Soy docente en la Universidad de Stanford y ejerzo la medicina. La sanidad debería ser un derecho básico. Soy cristiano.

“Cuidar a una persona es como cuidar a todo el mundo”

Recuerdo la primera vez que de niño entré en un hospital: me impactaron las baldosas blancas, las batas blancas, los instrumentos, el olor; me pareció un templo exótico.

Etiopía dejó de ser su patria.

Fue muy perturbador. El gobierno militar cerró la universidad y ordenó marcharse a todos los expatriados. Era la primera vez que oía esa palabra, tenía 21 años.

¿Era usted un médico tercermundista intentando abrirse camino en EE.UU.?

Tuve que trabajar mucho, y es irónico que la formación que me dieron en África y en India, hablar y tocar al paciente, sea lo que no saben hacer en EE.UU. Se le conoce por saber leer el cuerpo como si fuera un texto. En EE.UU. no tienen fe en sí mismos para poder hacerlo, dependen demasiado de la tecnología. Los mandas a un campamento de refugiados y están perdidos sin ella. Para mí, la interacción humana es lo principal.

La medicina, ¿una vocación espiritual?

2019-2020

Tertulias literarias

Eso creo, y me entristece que se lea como negocio. Yo hago una distinción muy importante entre sanar y curar. En la medicina occidental hemos olvidado la importancia de que el paciente acepte su enfermedad; lo entendí trabajando con los primeros enfermos de sida, en los años 80. Sólo podía ayudarles a que se sintieran mejor con mi presencia y mi cariño, y eso no se puede recetar.

¿Cómo se especializó en sida?

Me formé en enfermedades infecciosas por razones equivocadas: era la única rama de la medicina que siempre podía curar.

Y entonces surgió el sida.

Durante cinco años traté esa enfermedad en Tennessee y aprendí mucho de la comunidad homosexual, sobre el amor y sobre cómo ser hombre, y arraigó en mí el lado espiritual de la medicina.

Sobre cómo ser hombre, dice.

En EE.UU. muchos jóvenes asocian la violencia a la hombría. Tratando a homosexuales pude ver que ser hombre es mucho más.

¿Qué aprendió sobre el amor?

Había familias campesinas que decían: “¡Si mi hijo es gay, lo mato!”, no soportaban la idea de un enfermo de sida en casa, pero cuando les ocurría, se transformaban. Fue una lección maravillosa: el amor de la familia siempre acaba superando los prejuicios.

...

Vi a tantos jóvenes morirse..., y, cuando estaban en el final, todos intentaban buscar el significado de la vida y se daban cuenta de que no residía en la apariencia, el triunfo social o el dinero, sino en el éxito de sus relaciones humanas, especialmente con sus padres. Entendí que no hay que aplazar los sueños ni buscar el significado en las cosas, sino en las relaciones humanas.

¿Se implicó mucho con los pacientes?

Empezó con un paciente al que traté tres años; llegó un momento en que no tenía sentido que siguiera yendo al hospital. Como lo echaba de menos y estaba preocupado, decidí ir a visitarlo a su caravana. A la familia y a él les impactó tanto mi visita, que les ayudó a que la muerte fuera menos dolorosa.

... Y decidió visitar a sus enfermos.

Sí, me di cuenta de la importancia de que supieran que siempre estaría allí. Creé un equipo que iba a las casas de los moribundos para estar con ellos hasta el final.

Qué sencillo y qué importante.

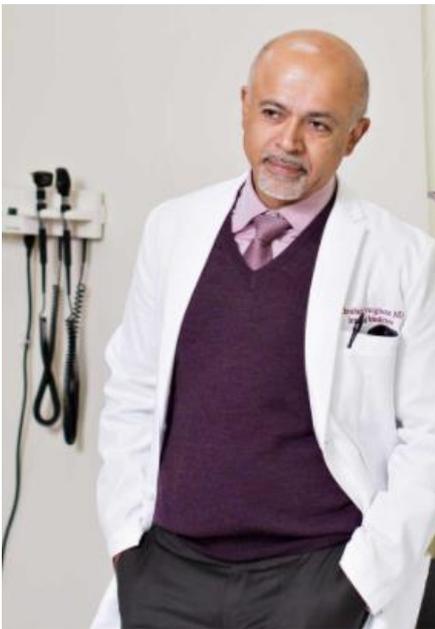
Incluso para las cosas más pequeñas, el subconsciente de cualquier paciente que acude a ti está diciendo: “¡Papá, mamá, ayúdame!”; y el médico contemporáneo no quiere aceptarlo. El paciente

Tertulias literarias

necesita un gesto, una mano en el hombro, pero hoy los pacientes se han convertido en una serie de datos en un ordenador.

Tras esos años tratando con la muerte, decidió escribir.

El director administrativo del hospital me preguntó: “¿Vamos a ver muchísimos casos de sida en los próximos años?”... “¡Claro que sí!”, le dije. “¿Y si tú no estuvieras aquí, veríamos tantos?”... La gente viajaba de lejos para tratarse conmigo. Yo pensaba que estaba haciendo un gran servicio a esa comunidad, pero aquella pregunta hizo que me lo planteara de otra manera.



¿Por qué optó por las novelas?

La ficción es una gran mentira que cuenta la verdad sobre cómo vive el mundo. Por medio de la ficción quería ilustrar la verdad sobre la medicina, todo lo que odio y amo.

¿Qué odia y qué ama?

La buena medicina es la mayor expresión del amor, y la mala medicina es la que no conlleva ninguna interacción humana. Cuando cuidas a una persona es como si cuidaras a todo el mundo.

¿Para sanar has de tocar?

Examinar al paciente forma parte de un ritual importante, te ganas el derecho a tratarle. Mis manos no son como un escáner, pero puedo leer mucho con ellas, y he comprobado que vas un día y medio por delante del médico que espera las pruebas, muchas de ellas evitables si conversas y examinas.

¿Qué más caracteriza al buen médico?

Reconocer que el instrumento más poderoso es el conocimiento de sí mismo e interactuar con la mejor ciencia. Si sólo tienes conocimientos científicos y no te conoces a ti mismo, eres un buen técnico pero no aportas ningún consuelo. No tratamos con hígados enfermos, sino con personas.

¿Qué le ha ayudado a conocerse?

Escribir. Siempre animo a mis estudiantes de Medicina a que escriban un diario.

Por Ima Sanchís (La Vanguardia, 2010)

<http://hemeroteca-paginas.lavanguardia.com/LVE05/PUB/2010/03/31/LVG201003310601LB.pdf>

Hijos del ancho mundo

Por Alicia Ortego (Leer y viajar, 2011)

Con este título tan sugerente, nos llegó esta novela sobre Etiopía, escrita por un etíope-indio, hace un par de años.

Abraham Verghese es otro de esos autores que dejó su país hace tiempo y desde hace tiempo vive en California donde ejerce de médico. Hijo de padres indios, algo común ya que a este país africano llegaron muchas familias de India para trabajar en la construcción del ferrocarril, hace ya muchas generaciones. Recuerdo precisamente cuando una de mis primas se fue a Londres a trabajar y aprender inglés, como tantas otras jóvenes, y fue contratada por una familia india que precisamente tenía este pasado. Una familia que mantenía (y mantendrá, supongo) las tradiciones indias, por encima de las etíopes... pero esta es otra historia.

El *claim* con el que se lanzó esta novela de más de 600 páginas decía algo así como “*la novela definitiva sobre Etiopía*”. Entre nosotros, creo que se pasaron un poco... Pero desde luego es una forma amena de conocer un poquito más algo de la historia de este país.

En realidad, trasciende las fronteras de Etiopía y comienza en Madrás, donde la abadesa de un convento de carmelitas envía a dos jóvenes monjas enfermeras a Addis Abeba, a trabajar en un modesto hospital de esta ciudad.

Empezamos en el momento en que la India celebra su independencia, y a partir de ahí somos testigos de cómo los años transcurren por buena parte del s. XX en ese rincón del planeta, para acabar en otra emigración obligada por los acontecimientos que sacuden Etiopía en la guerra con Eritrea y su rebeldía contra el todopoderoso Haile Selassie, otro gobernante-rey-dios que hizo de las suyas contra los suyos.

El rincón es ese hospital religioso y lo que allí pasa, con tintes de culebrón que a veces pueden alargar la historia demasiado. El nacimiento de dos chicos gemelos, hijos de una de esas monjas y el médico cirujano británico que capitanea las operaciones con escasísimos recursos, da comienzo a la historia. El nacimiento y la muerte de su madre a la vez.

Pocas cosas han cambiado en Etiopía, en el ámbito de la Sanidad, desde entonces... o al menos es mi impresión por los relatos de otros viajeros y lo que yo misma pude ver en el viaje que hice en 2010.

Gran paradoja, teniendo en cuenta que este es el país que más ayuda humanitaria recibe de todo el continente. Donde más ONG hay, y se establecen para actuar aquí y en otras parte del continente, por metro cuadrado.

Algo debe de fallar, si tantos recursos se dedican a un país, tantos proyectos grandes y pequeños se ponen en marcha, y las cosas siguen igual, porque el acceso a médicos (titulados como tal) es ínfimo

Tertulias literarias

-la gran mayoría accede con suerte al cuidado de enfermeras, que se ven obligadas a ejercer como médicos-, y las condiciones de los establecimientos, consultorios, hospitales, o como los queramos llamar, son paupérrimos. Y todos conocemos los estragos de las sequías, en determinados puntos del país se sufre más frecuentemente de lo que aquí llega a través de los medios de comunicación. Otra historia es el “rebote” que están sufriendo de la crisis con el epicentro en Somalia.

Quizá es la consecuencia de que el Estado abandone o no llegue a poner en marcha nunca sus recursos hacia un ámbito como éste. Ya están las ONG, así que ¿para qué?. Mejor se arma, se enriquece, o lo que sea.

No es comparable, pero los países occidentales han hecho algo parecido con la industria farmacéutica, con la diferencia de que son empresas y no ONG. Estas empresas son las que detentan el poder de investigar y crear nuevos medicamentos y técnicas para mejorar la Salud, porque están dispuestas a poner mucho dinero -del que esperan un retorno con beneficios-, y los Estados se las compran (sí, la Seguridad Social les compra, con nuestros impuestos, mientras el Ministerio y las Comunidades Autónomas cierran programas de investigación públicos, en aras de los recortes sanitarios. Y el endeudamiento crece).



Lo malo es que además, las ONG entran en competencia directa demasiadas veces, y sé de lo que hablo. Se comportan como empresas, cada uno defendiendo su forma de hacer las cosas, y rara vez son capaces de coordinarse para aprovechar los recursos que obtienen tanto de los Estados, como de los particulares. Eso y los peajes que se pagan, las pérdidas que se suceden en el camino y que no sabemos a dónde van (en realidad, sí se sabe: es otra parte de la que los corruptos se alimentan), que merman las posibilidades: medicinas, equipamiento, alimentos, etc.

En esos hechos y situaciones también nos habla de los sentimientos que creo son universales: el amor, el dolor, la envidia, el odio...

Y de costumbres y retratos que siguen ahí, y que sólo hay que ir para conocerlos. De hecho, es muy meticulosa en la descripción de los personajes que van desfilando, y de sus actividades.

Por otra parte, nos habla de cómo el emperador estaba obsesionado con convertir a Addis Abeba en una capital occidental, encargando la construcción de todo tipo de edificios enormes y modernos. Ahí siguen, y la edificación no para. Aunque también siguen con las chabolas pegadas a sus partes bajas, (así lo veía yo desde las ventanas de los hoteles donde me alojé). Siguen con los andamios de bambú o de madera flexible, y siguen a ritmo de caracol.



Tertulias literarias

Un foco de modernidad ilusoria o mentirosa a cambio del abandono del resto del país.

Más allá de esa obsesión por la modernidad, que por cierto compartía con el último Sha de Persia, este emperador tan bien retratado por el gran Kapuscinski en su libro *El Emperador* era un gobernante obsesionado por su seguridad –como todos los tiranos–, y se anticipaba a cualquier fisura en esta cuestión cargándose a todos los que pudiera, con la horca o de mil formas más.

Hema no comprendió aquello, al menos no entonces. Creía que se trataba de una representación teatral. La violencia de lo que siguió (la arrancada del camión, la sacudida de los cuerpos, el ángulo atroz e inverosímil de la cabeza sobre el pecho, la demencial carrera de los espectadores para quitar los zapatos a los muertos) fue menos perturbadora que la idea de que vivía en un país en que podían suceder aquellas cosas.

En el Ethiopian Herald no se hizo ninguna mención de lo ocurrido ni el gobierno realizó la menor declaración. Aquellos hombres habían estado planeando la revolución, decía la gente, y esa era la respuesta del emperador.

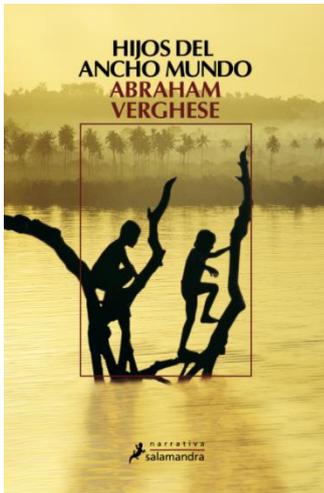
Asistimos, durante la novela, al sofoco de una rebelión. Una pequeña parte del ejército intenta dar la vuelta a las cosas, quitar de en medio a ése loco endiosado que llega a ser venerado incluso por Bob Marley, ignorante supongo de las fechorías de este señor. La rebelión no sale bien.

Uno de los gemelos, alcanzada la juventud, decide irse a las montañas a combatir por el sueño de la Libertad, de esa lucha nacería un país nuevo, Eritrea. El otro, huye a EEUU, donde busca una carrera propia y el sueño de volver a su país para ayudar a los demás, la Medicina. Dos opciones bien distintas, enfrentadas en la comprensión y en la búsqueda de soluciones.

Fuente: <http://www.leeryviajar.com/novela/hijos-del-ancho-mundo/>

Hijos del ancho mundo

Por Daniel Martín Ferrand
(República de las Ideas, 2010)



Uno de las más benéficas consecuencias del efecto globalizador –que no es, digan lo que digan, esencialmente maléfico– es la gran apertura cultural que hemos experimentado. Ahora la Tierra es más pequeña y, por tanto, podemos salir de nuestra “isla” para navegar en mares lejanos, sobre todo en lo literario. Por ejemplo, en las últimas décadas hemos podido conocer al indio Vikram Seth y sus portentosas *Un buen partido* y *Una música constante*, a Qian Zhongshu y *La fortaleza asediada* o a J.M. Coetzee –antes de que ganase el Nobel– y sus enérgicos libros.

Abraham Verghese nació en Etiopía de padres indios, se educó como médico en India y Estados Unidos, como escritor en la Universidad de Iowa... es en definitiva un ejemplo perfecto de la amalgama de culturas y civilizaciones que nos conforman. *Hijos del ancho mundo* es su primera novela, una magnífica obra, casi perfecta, que muestra los muchos matices y riquezas que derivan de la mezcla de razas, tradiciones, creencias, aprendizajes... del maravilloso influjo del mestizaje.

Verghese cuenta la historia de dos hermanos gemelos que, como él, nacen en Adis Abeba. A partir de uno de ellos, Marion, narrador y protagonista, vamos conociendo la vida de un pequeño hospital de la capital etíope donde confluyen europeos, asiáticos y africanos. Es la época de Haile Selassie, de la independencia de África, del renacer del más viejo de los viejos mundos. Inmersos en una ciudad mísera, sometida a una dictadura, los hermanos crecen rodeados por un oasis construido por sus padres adoptivos, de origen indio, una criada eritrea, su hija y muchos otros personajes de muy distinto carácter y condición. Luego vendrán el exilio, la improbable supervivencia en una ciudad extraña y hostil... para que los dos hermanos terminen madurando y acercándose al sentido de la existencia.

El gran valor de *Hijos del ancho mundo* es que no cesa de contar una historia tras otra. Apenas contiene digresión o documental historiográfico algunos, es una preciosa sucesión de pequeñas, o grandes, anécdotas que conforman un bloque homogéneo, casi perfecto, de gran literatura, un libro que, a pesar de constar de más de 600 páginas, uno jamás quiere que termine para continuar, siempre, con su disfrute.

Ya sea en Adis Abeba, un hospital del Bronx neoyorquino, los sórdidos ambientes de Eritrea, Jartum o Adén, la novela rezuma vida porque cada uno de sus personajes se nos hace real, creíble, maravillosamente cercano: aparte del lleno de contradicciones Marion, su gemelo Shiva, incapaz para cualquier tipo de empatía pero enormemente heroico; Hema, ginecóloga, y Ghosh, internista reconvertido en cirujano, conforman una pareja improbable pero fiel en cuanto tienen que convertirse en padres de los gemelos; la tierna, muy religiosa y aún más humana hermana Mary

Tertulias literarias

Joseph; su adorado aunque hosco, asocial, cirujano Thomas Stone; Almaz, la vieja cocinera etíope; Rosina, una criada que lucha contra su arraigado sentido de lo tradicional para adaptarse a los nuevos tiempos; Genet, su hija, una niña que, pese a ser la compañera de juegos de los gemelos, no tiene un destino tan calmado como podría esperarse... Pero, son tantos los personajes memorables de esta novela que uno jamás podría terminar de nombrarlos a todos.

Y, aunque está llena de momentos duros, algunos insoportablemente duros, el conjunto de *Hijos del ancho mundo* es una novela llena de amor, tanto entre los personajes como hacia Etiopía, y de vida hacia todo lo que es terrenal, incluso lo espiritual. Porque, según Verghese vía Marion, a pesar del siglo XX la vida continúa, siempre hacia delante para, poco a poco, luchar para conseguir que las cosas progresen a pesar de las muchas injusticias y tragedias que van aflorando en la vida. Al final, según este libro, la familia, el amor, la amistad, la entrega compensa porque todo termina encajando.

Con uno de los mejores tempos que servidor recuerda –la primera escena es un parto que, entre flahsbaks y anécdotas, dura unas cien páginas de magnífica tensión dramática–, esta novela es una de esas rarezas que ocasionalmente llegan a las librerías y demuestran que la narrativa sigue siendo el género por excelencia, que goza de buena salud, que está rematadamente viva. Joya de deleite cuasiglorioso, *Hijos del ancho mundo* es una joya, una delicia en forma de sorpresa editorial que, espero, tendrá un enorme éxito durante el resto de la existencia humana.

Fonte: <https://www.republica.com/cine-publico/2010/04/15/hijos-del-ancho-mundo/#>

«Nunca tendré un hogar que sea el mío»

Por Anna Abella (El Periódico, 2010)

Etíope de padres indios afincado en EEUU, Abraham Verghese publica 'Hijos del ancho mundo', novelón sobre medicina y la Etiopía de Haile Selassie

A lo largo de más de 600 páginas *Hijos del ancho mundo* (Salamandra) recorre la India, Estados Unidos y Etiopía para contar la vida de Marion y su hermano gemelo, ambos médicos y nacidos en el hospital de una misión etíope en la era del emperador Haile Selassie. Son hijos de un cirujano británico que desaparece cuando la madre, una monja india muere en el parto. Verghese traslada a la ficción su propio recorrido geográfico y vital: de padres indios, nació y creció en Adís Abeba, de donde se vio obligado a emigrar a EEUU cuando el Gobierno militar que derrocó a Selassie cerró las universidades y envió a los intelectuales al campo. Estudió Medicina en la India y hoy vive, ejerce y da clases en Palo Alto (California).

En el libro se pregunta «¿qué tratamiento de urgencia debe aplicarse en la oreja de un enfermo?». La respuesta es: «palabras de consuelo».

2019-2020

Tertulias literarias

La cercanía con el paciente es el ideal de lo que médicos queremos que sea la medicina, cada vez más amenazada por la tecnología. A mis alumnos les digo que es un ejercicio muy humano que debe entender a otro ser humano. En EEUU empecé de ayudante de enfermería. Fue una de mis mejores experiencias porque vi lo que les pasa a los pacientes durante las 23 horas y 55 minutos en que el médico no está delante.

¿Y la reforma sanitaria de Obama?

Puede que deba sacrificar su carrera política para lograrla pero lo admiro por atreverse a ello. El único tratamiento al que tiene acceso la gente sin recursos son las urgencias; da vergüenza. Hasta ahora nadie ha querido tocar el tema porque es una industria enorme que genera muchísimo dinero y con la reforma muchos dejarán de cobrar.

Escribe sobre los 20 Rolls Royce de Haile Selassie y su chihuahua Lulú.

Me influenció mucho El emperador, de Kapuscinski. Era alguien de fuera que veía cosas que nosotros no veíamos. Recuerdo muy bien al perrito y a un tipo que llevaba 23 almohadas, cuyo trabajo era ponerlas debajo de Haile Selassie cada vez que se sentaba para que no pareciera tan bajito.



¿Cómo veía el pueblo a Selassie?

Para muchos era una gran persona, una gran figura que mandó a gente al extranjero a estudiar. Pero cuando volvían le veían como un dictador. Hizo cosas muy buenas, sobre todo si se compara con el Gobierno militar que lo derrocó. No era un tirano cruel, tenía buenas intenciones pero se hizo mayor, y muy rico.

Pero antes modernizó el país ¿no?

Sí, y trajo profesores. A diferencia de otros dictadores africanos, sus palacios y coches eran necesarios para su papel, que era un poco como el de la reina de Inglaterra. No era una figura cómica como Idi Amin. Selassie tenía dignidad y decencia. En 1931 habló en la Liga de Naciones, y dijo: 'si dejáis que Mussolini invada mi país, mañana os pasará a vosotros'. Fue profético: luego llegó Hitler. Ayudó a Etiopía a pasar de un estado feudal a la era moderna.

¿Se siente un expatriado?

En EEUU siempre he sido consciente de ser un extranjero. Me he sentido bienvenido y acogido pero nunca sentí que fuera un hogar. Me enamoré de El Paso, en Tejas, porque al llegar tuve la sensación, por primera vez, de desaparecer, porque allí mi color de piel era como el de los mexicanos. Paradójicamente, luego viví en Silicon Valley rodeado de asiáticos e indios como yo. EEUU es una



Tertulias literarias

gran mezcla de razas y culturas y aunque nunca tendré una casa, un pueblo que sea el mío, sí tengo un país.

¿Y cuál es hoy su país?

Creía que pertenecía a Etiopía porque hablaba bien el idioma, sentía que no era distinto de los demás y en la facultad era uno más. Hasta que muchos compañeros de clase eligieron luchar en la guerrilla contra el emperador y muchos murieron. Yo no quería, y me di cuenta de que no era tan nacionalista como ellos. El único país al que podría haber pertenecido si me hubiera criado en él es la India, donde estudié Medicina.

Su experiencia con enfermos de sida en Tennessee en los 80 le llevó a escribir dos libros de no ficción.

Era cuando se creía que el peligro estaba en las grandes ciudades pero yo tenía 100 pacientes en un pueblo de 50.000 habitantes. Era una historia de la emigración americana: un joven de un pueblo se marcha en busca de oportunidades o porque es homosexual y allí no puede vivir su vida. En la ciudad se topa con el virus y vuelve a casa enfermo. Quise contarlo, con toda la tristeza y las cosas positivas, como que el amor supera los prejuicios y la familia acoge a los hijos a pesar del estigma.

Fonte: <http://medios.mugak.eu/noticias/noticia/242531>



[Arquivo documentación Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 - Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2019-2020